

ATILIO A. BORON*

CLASE DE CIERRE

LA CUESTIÓN DEL IMPERIALISMO

EN ESTA CLASE nos proponemos examinar algunas cuestiones relativas a la teorización contemporánea sobre el imperialismo, tema que, afortunadamente, ha recobrado en los últimos años una centralidad que nunca debería haber perdido. Una de las grandes paradojas de la historia reciente de América Latina había sido la práctica desaparición de una discusión seria sobre el imperialismo y la dependencia precisamente en momentos en que las condiciones objetivas del capitalismo latinoamericano exhibían una agudización sin precedentes de la dependencia externa, la impresionante erosión de la soberanía nacional de los estados y un sometimiento sin precedentes a los dictados del imperialismo. Que tal situación no era privativa de América Latina lo testifica la observación del marxista indio Prabhat Patnaik quien, en su breve ensayo aparecido en la *Monthly Review* a comienzos de la década del noventa, comprobaba con asombro que los términos “imperialismo” o “imperialista” habían prácticamente desaparecido de la prensa, la literatura y los discursos de socialistas y comunistas por igual (Patnaik, 1990: 1-6).

No obstante, se trataba más de un eclipse que de una desaparición porque, como se expresó anteriormente, la situación ha comenza-

* Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

do a cambiar. Luego de una prolongada ausencia intelectual y política, que se extendió a lo largo de casi treinta años, la problemática del imperialismo, que había suscitado algunos de los más importantes debates teóricos y prácticos de las sociedades latinoamericanas en la década del sesenta, reapareció con fuerza en la esfera pública, en sintonía con el acelerado agrietamiento de la hegemonía ideológica y política del neoliberalismo. Conviene subrayar el hecho de que tal irrupción no tiene lugar sólo en las discusiones de las fuerzas políticas o los cenáculos intelectuales. Aparece también en el lenguaje común y corriente utilizado por los medios de comunicación de masas, produciendo un cierto desplazamiento –no total pero sí importante– del eufemismo que hasta ese momento se había empleado para aludir al fenómeno del imperialismo sin tener que nombrarlo: globalización.

¿POR QUÉ SE PRODUJO EL RETORNO DE LO REPRIMIDO?

No deja de ser sintomático de la situación de la cultura latinoamericana que esta reaparición temática haya sido “autorizada”, para usar un término que puede sonar gratuitamente provocativo pero se ajusta a las circunstancias, por el resurgimiento de la discusión en torno al imperialismo no ya en la periferia del sistema capitalista sino en su propio núcleo fundamental: Estados Unidos. En efecto, no es un misterio para nadie que si el tema fue reinstalado en los medios académicos y en el espacio público de América Latina, esto fue en gran medida posible porque primero “se puso de moda” en EE.UU. A nadie se le escapa que la dinámica social desencadenada en ese país como consecuencia de las políticas neoliberales (que adquirieron resonancia universal con las grandes movilizaciones de Seattle) y las crecientes tensiones y contradicciones que la dominación imperialista desencadenó en el escenario internacional –donde el arrasamiento de Afganistán y la invasión y posterior ocupación militar de Irak sobresalen por su crueldad y dramatismo– jugaron un papel decisivo en la apertura de un debate que, no por casualidad, no había podido ser abierto por las largas y heroicas luchas de la resistencia antiimperialista de la periferia. Con el colapso del orden mundial de posguerra y el indisimulado unipolarismo que comienza a prevalecer ya desde los años de Bill Clinton, y que alcanzaría niveles inéditos durante la presidencia de George Bush Jr., la discusión en torno a la naturaleza imperialista de EE.UU. y del sistema internacional modelado a su imagen y semejanza se convierte en un tema insoslayable. Claro que, tal como aconteciera cuando los colonialistas de la Inglaterra victoriana hablaban de la “pesada carga del hombre blanco” al tener que llevar su “civilización” a los confines del África negra (y de paso ocultar el bárbaro pillaje a que sometieron a los pueblos originarios), los modernos teóricos del imperialismo conciben las polí-

ticas del gobierno de George W. Bush como verdaderas cruzadas contra los numerosos enemigos del bien, diseminados por todo el planeta.

Para los ideólogos del imperio, siempre preocupados por ocultar su esencia explotadora y predatoria, la nueva realidad que se configura con la desaparición de la Unión Soviética desata una amplia discusión sobre la naturaleza del nuevo orden imperial, cuya existencia y violentas características ya no pueden seguir ocultándose bajo el manto del enfrentamiento entre “mundo libre” y “totalitarismo comunista” propio de los años de la Guerra Fría¹. En esta inédita coyuntura, el imperialismo asoma con un nuevo rostro, embellecido y rejuvenecido: si antaño la expresión era considerada ofensiva y agravante, los nuevos desarrollos históricos habrían de resignificarla dotándola de una carga fuertemente positiva. La transición estadounidense de la república al imperio, tan temida por los críticos liberales e izquierdistas de los años sesenta y setenta, se consumó en medio de los himnos triunfales entonados por una pléyade de neoconservadores, con los fundamentalismos cristiano y judío marchando codo a codo con los grandes monopolios del complejo militar e industrial y los halcones de Washington². Si antes los intelectuales orgánicos del sistema insistían en exaltar los valores republicanos y democráticos, ahora asumen claramente y sin remordimiento alguno su condición de imperialistas, y aseguran: “Sí, somos un imperio, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo eso?”. El imperio deja de ser una condición censurable a partir de razonamientos éticos y políticos para transformarse en una obligación humanitaria. Somos una nación “indispensable” e “irreemplazable” –como diría más de una vez Madeleine Albright, la secretaria de Estado del “progresista” gobierno de Bill Clinton–, una suerte de imperio benévolo que ni oprime ni explota, sino que surca los siete mares para liberar a los pueblos de las cadenas del atraso y la opresión, y para sembrar el libre comercio y la democracia.

Autores tales como Samuel P. Huntington, Zbigniew Brzezinski, Charles Krauthammer, Thomas Friedman, Robert Kagan, Norman Podhoretz y Michael Ignatieff, entre tantos otros, fueron pródigos a la hora de desplegar, ya sin innecesarios eufemismos, el argumento imperialista de modo completamente desembozado. De acuerdo con el mismo, EE.UU. aparece como un benévolo imperio cuya función mesiánica y redentora lo impulsa a librar “guerras humanitarias” para derrotar a los malvados, llevar la llama de la democracia a los más apartados rincones del mundo, y consagrar la libertad de comercio como la condición indispensable para la conquista y el disfrute de todas las libertades y para el fortalecimiento de la democracia.

1 Sobre este tema, ver el artículo de Perry Anderson en este mismo libro.

2 Ver Wallerstein (2005).

Por otra parte, para los críticos del imperio la situación no estaba exenta de serios desafíos: con la constitución de una única superpotencia imperial, debían enfrentar una situación inédita, muy distinta a la del pasado cuando las rivalidades entre varias potencias imperialistas ofrecían un cuadro bien diferente, todo lo cual requería una cuidadosa revisión y actualización de algunas de las tesis centrales de la teoría marxista del imperialismo. Por si esto no fuera poco, la abierta reafirmación y defensa de la vocación imperialista de EE.UU. tuvo un enorme impacto ideológico sobre la izquierda política e intelectual. Todo esto explica, al menos en parte, el abandono en que cayera, por un período de unos veinte años, el empleo de la palabra imperialismo. Si se revisa la literatura de las últimas dos décadas del siglo pasado, se comprobará que, prácticamente, la palabra desaparece por completo, y quienes tenían la osadía de hacer uso de ella eran rápidamente silenciados. Se decía que la globalización había acabado con todo aquello y que el imperialismo era un fenómeno del pasado.

No fue por lo tanto casual que haya sido precisamente en el centro del imperio donde viera la luz pública una obra publicada en la alborada del nuevo milenio y que, de la noche a la mañana, fuese aclamada como la nueva síntesis teórica que condensaba en sus páginas toda la riqueza y complejidad de la nueva realidad. Esa obra es, naturalmente, *Imperio*, el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, oportunamente publicado en el año 2000 (Hardt y Negri, 2000). A partir de la publicación de esta obra, la discusión sobre el tema se instala en un sitio de preferencia no sólo en los cerrados ámbitos de la academia sino, inclusive, en la misma esfera pública, penetrando en las otrora inhóspitas regiones controladas por los grandes medios de comunicación de masas, que abrieron con júbilo sus bien custodiados portales a dos intelectuales de izquierda que, tras un lenguaje abstruso y por momentos esotérico, sostenían una tesis que sonaba como música celestial para las clases dominantes del imperio y sus halcones de Washington: el surgimiento del Imperio –ahora escrito así, con mayúsculas– señalaba el fin del imperialismo³. En efecto: Hardt y Negri construyen un silogismo que concibe al imperialismo como un reflejo directo del nacionalismo; por ende, concluyen que, con la ineluctable desaparición del estado-nación, llega también a su fin el ciclo imperialista. Se verifica, debido a lo anterior, el tránsito hacia una nueva lógica global de dominio, el Imperio, una estructura desterritorializada, etérea y descentrada, paradójicamente traída al mundo por la dinámica incesante de su propia negación, la multitud.

3 Son numerosas las críticas suscitadas por las tesis de Hardt y Negri. Es sintomático que, ante ellas, la respuesta de ambos autores haya sido el insulto y la descalificación, jamás el examen crítico del argumento de sus críticos.

Pero se destacan también otros fermentos de cambio que permiten una comprensión más acabada del resurgimiento de la discusión sobre el imperialismo. En el pasado, las grandes luchas desencadenadas en la periferia del sistema –causantes, por ejemplo, de la derrota de los EE.UU. en Vietnam, el simultáneo triunfo de la revolución iraní y el sandinismo en Nicaragua, la caída de regímenes títeres de EE.UU. en Indonesia y Filipinas, entre otros– no habían logrado horadar la coraza con que la ideología dominante protegía la agenda pública y la conciencia social universal de la irrupción de elementos subversivos. Sin embargo, esta situación comienza a revertirse en la década del noventa y a comienzos del nuevo siglo gracias a una serie de acontecimientos a los que un pensador como Hegel –si hubiera podido neutralizar el eurocentrismo de su teoría– no habría dudado en asignar una significación “histórico-universal”: la irrupción del zapatismo en 1994, la gran manifestación de Seattle en 1999 y la organización del Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001.

En otras palabras, si bien la discusión sobre el imperialismo adquiere la fuerza de un torrente que sacude toda la escena internacional a partir de comienzos de siglo, lo cierto es que su impacto fue potenciado por la presencia, principalmente en América Latina –más que en otras regiones del Tercer Mundo– de fuertes movimientos contestatarios que comenzaron a jaquear la hegemonía política e ideológica del neoliberalismo, y a introducir en la agenda pública temas y propuestas hasta entonces excluidos o considerados simplemente como aberraciones intelectuales o exabruptos ideológicos de los nostálgicos del socialismo ya difunto y, por lo tanto, indignos de ser considerados en los círculos “serios y responsables” que manejan la opinión pública mundial. Las sucesivas conferencias “por la humanidad y contra el neoliberalismo” convocadas por los zapatistas en la Selva Lacandona y la realización de los foros sociales mundiales de Porto Alegre animados por el mismo espíritu ratificaron en el plano de la política tanto como en las calles la urgente necesidad práctica de examinar cuidadosamente el carácter del imperialismo en su fase actual, sus fortalezas y debilidades, y las perspectivas emancipatorias de nuestros pueblos. Es de estricta justicia, sin embargo, señalar que fueron muchas las voces que en América Latina nunca cejaron en su empeño por denunciar el carácter explotador, opresivo y predatorio del sistema internacional y el papel nefasto –e irremplazable– que en el sostenimiento de dicho sistema juega EE.UU. Sin embargo, estas eran expresiones aisladas y que persistían con valentía, pero a contracorriente del asfixiante consenso social predominante. Es debido a esto que la precisión de sus análisis, la agudeza de sus críticas y la sensatez de sus propuestas no lograban captar el imaginario de su tiempo. Sin embargo, una vez que el tema se instaló en el mundo desarrollado, entonces sí ya estaba autorizado por

el imperio y podía ser abordado no sólo en los pequeños cenáculos de la izquierda intelectual y política, sino también en el discurso público y en los grandes medios de comunicación de masas. Por eso tiene razón Roberto Fernández Retamar cuando observa en *Todo Caliban*, ese deslumbrante retrato de la cultura latinoamericana, que “el colonialismo ha calado tan hondamente en nosotros, que sólo leemos con verdadero respeto a los autores anticolonialistas *difundidos desde las metrópolis*” (Fernández Retamar, 2004: 39-40).

LÍMITES DE LA TEORIZACIÓN CLÁSICA

Las bases de la confusión aludida más arriba no sólo revelan la importancia y el papel distorsionante de la hegemonía ideológica de la derecha sobre el pensamiento de la izquierda. También tienen relación con las insuficiencias de la teorización tradicional del imperialismo frente a las significativas transformaciones experimentadas por el modo de producción capitalista a lo largo del siglo XX, especialmente a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, las cuales venían a poner en cuestión algunas de las premisas centrales de las teorías clásicas del imperialismo, formuladas en las dos primeras décadas del siglo XX por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo, para no mencionar sino a sus principales figuras⁴. Señalemos, para no extendernos demasiado en este asunto, tres desafíos principales.

El primero cuestiona una premisa decisiva de las teorías clásicas: la estrecha asociación existente entre imperialismo y crisis del capitalismo metropolitano. En esta formulación, la expansión imperialista era la solución a los irresolubles conflictos internos que originaba la crisis capitalista en las metrópolis. Las depresiones, hambrunas y cesantías generalizadas encontraban su cauce de resolución mediante la exportación de capitales y excedentes demográficos hacia las regiones atrasadas. El período que se inicia a finales de la década del cuarenta, sin embargo, pone seriamente en crisis dicha premisa: se trata de los “treinta años gloriosos” de la posguerra, la época de mayor crecimiento jamás experimentado por las economías capitalistas en su conjunto. Son los años del capitalismo keynesiano, de la instauración del Estado de Bienestar y los de la mayor expansión de ese modo de producción en toda su historia. Nunca antes el capitalismo había crecido simultáneamente en tantos países, por tanto tiempo y a tasas tan elevadas. Sin embargo, en ese contexto tan dinámico, se produce la agresiva expansión del imperialismo norteamericano por toda la faz de la tierra.

4 Transformaciones que, sin embargo, se detuvieron a las puertas de lo que constituye la esencia del sistema: la subsunción formal y real de los trabajadores al despotismo del capital. Es fundamental no olvidar esto.

La clásica conexión entre crisis capitalista y expansión imperialista era así desmentida; no sólo en la crisis sino también en la prosperidad el capitalismo se embarca en una desenfrenada expansión imperial, todo lo cual desata la perplejidad de quienes aún se aferraban a las formulaciones de las teorías clásicas del imperialismo⁵.

El segundo desafío a la teorización clásica surge de la constatación de que la rivalidad económica entre las grandes potencias metropolitanas ya no se traducían en conflictos armados como la Primera y Segunda Guerras Mundiales. Lo que ahora se constataba era una competencia económica, por momentos de extrema ferocidad, pero que en los últimos cincuenta años jamás se tradujo en un enfrentamiento armado entre las mismas. Procesos de integración económica supranacional y enfrentamiento entre bloques comerciales fueron marcando los hitos principales de la segunda mitad del siglo XX. La virulencia del conflicto y la radicalidad de los intereses contrapuestos produjeron largas parálisis en los organismos que monitoreaban y regulaban el funcionamiento global del capitalismo, como el GATT (que habría de ser reconvertido en la Organización Mundial del Comercio, OMC), el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), para no hablar sino de los más importantes. Los reiterados fracasos de sus sucesivas “rondas” de acuerdos y la tenaz persistencia del proteccionismo y de principios mercantilistas, apenas disimulados bajo una hueca retórica “libremercaderista”, se encuentran en la base de esta frustración. En todo caso, lo que marca la diferencia entre el escenario de los tiempos de la Primera Guerra Mundial (sobre todo) y lo acontecido en los últimos años es que estos enfrentamientos económicos no desembocaron en un conflicto armado. La reconfiguración de la estructura del sistema imperialista y el papel predominante que en él desempeña EE.UU., a diferencia del “concierto de naciones” que se encontraba en la cúpula de ese sistema a comienzos del siglo XX, explican en gran parte la ausencia de un desenlace militar. Ya en tiempos de la Primera Guerra Mundial, Kautsky había insistido sobre este punto con su famosa teorización sobre el “ultraimperialismo”, una tesis sumamente sugerente –en la medida en que aludía a esta posibilidad de una colusión entre los grandes monopolios– pero no exenta de muy serios problemas interpretativos derivados de la subestimación de la intensidad y la radicalidad del conflicto que oponía a las potencias imperialistas. Pero, en todo caso, a la luz de los desarrollos de la segunda posguerra, el asunto quedaba planteado y requería una urgente revisión.

Por último, el tercer desafío que contribuyó a poner en crisis las teorizaciones clásicas del imperialismo fue, en esta fase de acelerada

5 Ver Leo Panitch y Sam Gindin (2005b: 30-31).

mundialización de la acumulación capitalista, la expansión sin precedentes del capitalismo a lo largo y ancho del planeta. Si bien este fue desde siempre un régimen social de producción caracterizado por sus tendencias expansivas, tanto en la geografía física como en la social, la aceleración de este proceso a partir de la caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética ha sido vertiginosa. El reparto del mundo, fundamento de las interminables guerras de anexión colonial o neocolonial, tenía un supuesto en la actualidad insostenible: la existencia de vastas regiones periféricas, llamadas también “atrasadas” o “agrarias” en la literatura de la época, que eran introducidas en el torrente de la acumulación capitalista por potencias imperialistas rivales mediante el pillaje colonial. Pero ese proceso se completa en la segunda mitad del siglo XX cuando toda la superficie del globo terráqueo quedó sometida a las influencias de las relaciones capitalistas de producción, lo cual, sin embargo, no detuvo la expansión imperialista del sistema. Suele argüirse que la implosión de la Unión Soviética, el desmembramiento del campo socialista y las transformaciones que están ocurriendo en China han abierto nuevos horizontes territoriales a la expansión del capital, lo cual es cierto pero sólo parcialmente. Es preciso añadir, como bien afirma François Houtart, que las nuevas fronteras cuya conquista emprende ahora el capital son económicas. Agotados los espacios de expansión territorial, el imperialismo aquel se vuelve sobre la sociedad y desata un salvaje proceso de mercantilización universal: tal es el caso de los servicios públicos y la agricultura, entre otros⁶. En la fase actual, el reparto territorial ha sido monopolizado por EE.UU. (con la ocupación de Irak, Afganistán, su creciente control sobre el espacio de Asia central, y sus indisimuladas ambiciones de controlar la Amazonía), pero aún así conserva toda su importancia en la carrera por apoderarse de preciosos recursos naturales, como petróleo y agua. No obstante, como no existen por el momento potencias rivales que se opongan a los designios estadounidenses, esta política de anexión y/o control territorial no desencadena nuevas guerras inter-imperialistas, sino la férrea resistencia, en algunos casos, de los pueblos amenazados. Las fronteras inmateriales, en cambio, son escenarios en donde se libran batallas sin cuartel en la carrera por apropiarse de las empresas públicas de los países de la periferia mediante privatizaciones y convertir antiguos derechos en rentables mercancías. Las privatizaciones y la desregulación de los servicios públicos de salud, educación y seguridad social, para nombrar sólo los más importantes, abren un enorme espacio inmaterial que sustituye, aunque sólo en parte, la puja territorial e insufla nuevos aires al imperialismo. Como bien sostiene Ellen Meiksins Wood, las teorías clásicas

6 Ver François Houtart (2005).

del imperialismo “asumen, por definición, la existencia de un ambiente ‘no capitalista’” (Meiksins Wood, 2003: 127). Ese ambiente precapitalista ahora no existe, pues el capitalismo comanda el proceso económico a escala global y en la casi absoluta totalidad de los países del globo. Y donde no lo hace, como en Cuba, sus influjos aún así se dejan sentir con fuerza. Contradiendo los planteamientos de las teorizaciones clásicas, el imperialismo redobla su marcha pese a que su legalidad cubre la total superficie del globo terráqueo.

Se entiende, a partir de la consideración de los tres desafíos señalados, que todas estas transformaciones hayan puesto en cuestión los presupuestos de la teoría clásica del imperialismo y colocado sobre el tapete la necesidad de desarrollar nuevas elaboraciones teóricas aptas para dar cuenta de estas nuevas realidades.

NOVEDADES

La teorización clásica entró en crisis no sólo por la obsolescencia de tres de sus premisas más distintivas. Hubo también otras causas, entre las cuales vale mencionar la aparición de ciertas novedades producidas en el funcionamiento del capitalismo contemporáneo, que exigen una urgente tarea de actualización.

Entre las más decisivas se encuentra, en primer lugar, el fenómeno de la financiarización de la economía mundial, o sea, la fenomenal hipertrofia del sistema financiero internacional, que alcanza extremos extraordinarios. El volumen actual de la circulación del capital financiero internacional, especulativo en más del 90%, se ubica en los 3 billones de dólares diarios, es decir, 3 millones de millones de dólares por día, una cifra superior a la que arroja el comercio de bienes y servicios a nivel mundial en un año. Huelga agregar que todo esto plantea una serie de problemas a la vez teóricos y prácticos de enorme importancia, cuyo tratamiento es imposible en estas páginas. Baste por ahora señalar que estamos en presencia de una mutación significativa del modo de producción capitalista: en realidad, una degeneración involutiva hacia el reinado de la especulación. Es debido a esto que el capital financiero asume el puesto de comando del proceso de acumulación a escala global, en detrimento de las demás fracciones del capital (industrial, comercial, servicios, etc.), que deben subordinarse a sus estrategias, plazos y preferencias.

La segunda novedad está dada por el papel de EE.UU. como potencia integradora y organizadora del sistema imperialista. Este fenómeno, al cual ya nos refiriéramos anteriormente, se acentuó dramáticamente a partir de la desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista así como de las transformaciones que sobrevinieron con la crisis del orden bipolar de posguerra. A causa de lo anterior, el estado norteamericano adquirió un papel central e irremplazable en la estructura imperialista

mundial. Por eso hoy en día el imperialismo es más que nunca el imperialismo norteamericano, debido a su voluntad y capacidad para subordinar bajo su hegemonía, de manera clara y contundente, a los posibles rivales que habrían podido interponerse en su camino. Ni la Unión Europea ni Japón pueden aspirar a ser otra cosa más que simples laderos que acompañan las decisiones tomadas en Washington. El viejo sistema imperialista, en cambio, tenía múltiples rostros, por ser el resultado de un balance de poder mucho más complejo, en donde la primacía del *primus inter pares*, ejercida por largo tiempo por el Reino Unido, apenas si se distinguía del resto. Nada de eso ocurre ahora: la crisis del orden mundial y del sistema de las Naciones Unidas, y la nueva estrategia norteamericana de la guerra preventiva, ponen brutalmente de manifiesto que el imperialismo tiene una carta de nacionalidad muy definida. Por lo tanto, las tesis que hablan de una tríada imperial, de un sistema donde se acomodarían con un rango equivalente EE.UU., la Unión Europea y Japón, no tienen ningún fundamento empírico. Tanto Japón como la Unión Europea, para los propósitos de un análisis de un imperialismo contemporáneo, son –en palabras de Brzezinski, no nuestras– estados vasallos de EE.UU. sometidos por presiones económicas, el chantaje militar y la hábil manipulación de las amenazas del terrorismo (Brzezinski, 1998: 40). El papel único e indispensable que EE.UU. ha adquirido se relaciona íntimamente con su condición de única superpotencia militar del planeta, cuyo gasto en armamentos equivale prácticamente al del resto de las naciones en su conjunto. EE.UU. ha desplegado poco más de 750 bases y misiones militares en 128 países, una máquina de guerra sin parangón en la historia de la humanidad, y bastión final para la defensa del sistema imperialista mundial.

La tercera novedad tiene que ver con la existencia de nuevos instrumentos de dominación que reemplazan y/o complementan los dispositivos clásicos disponibles a comienzos del siglo XX. Dos de ellos son singularmente importantes. En primer lugar, el papel del FMI y, en general, de las instituciones financieras mal llamadas intergubernamentales, puesto que su dependencia del gobierno de EE.UU. las convierte, de hecho, en extensiones de la Casa Blanca. La designación de Paul Wolfowitz al frente del BM por parte de George W. Bush, a pesar de la repulsa universal que suscitaban su fundamentalismo sionista y su fanatismo guerrerista, y la influencia decisiva que Washington tiene sobre el FMI y la OMC, son pruebas más que elocuentes de lo que venimos diciendo. A los países de la periferia, agobiados por el peso de la deuda externa, se les imponen políticas económicas que realimentan o reproducen de manera ampliada la primacía de los intereses norteamericanos sobre los demás miembros del sistema internacional. El FMI, el BM y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en el caso de América Latina, tienen un papel estratégico en la implementación de

estas políticas, presionando ora con brutalidad, ora con guante blanco, a favor de políticas gubernamentales que facilitan el control prácticamente total de las economías periféricas por el capital imperialista, sobre todo norteamericano.

El otro nuevo instrumento de dominación imperialista es el casi absoluto predominio que EE.UU. ha adquirido en el crucial terreno de la circulación de las ideas y la producción de imágenes audiovisuales. El imperialismo hoy se refuerza con un imperialismo cultural que, a través del enorme desarrollo de los medios de comunicación de masas, hace posible la imposición de las ideas y los valores de la sociedad norteamericana de una forma tal que ninguna de las experiencias imperiales anteriores pudo siquiera soñar. Cerca de las tres cuartas partes de las imágenes audiovisuales que circulan por el planeta son producidas en EE.UU., proyectando de este modo una imagen propagandística, y falsa hasta la médula, del sistema y de sus supuestamente ilimitadas capacidades para satisfacer todas las aspiraciones materiales y espirituales de la humanidad. Las consecuencias políticas de esta realidad son profundas y de larga vida.

Importantes como son, estas novedades no pueden ocultar la intensificación de la explotación dentro del mundo colonial y neocolonial y, con características peculiares, dentro de los propios países del capitalismo avanzado, donde la precarización laboral, la reducción de las prestaciones sociales y las tendencias regresivas del salario hacen estragos. Si a esto le sumamos que la depredación ecológica del planeta ha llegado a niveles sin precedentes, se comprenderán las razones por las cuales hay quienes afirman que las chances de que la especie humana pueda sobrevivir al final del siglo XXI son menores al 50%. El imperialismo es expresión de un sistema inviable e insostenible; si la ideología norteamericana de la expansión del consumo llegara a ser asumida seriamente por chinos e indios, y si esos 2.400 millones de personas lograran de repente hacer realidad el *American dream* de tener cada uno su propio automóvil, el oxígeno del planeta se acabaría en menos de 24 horas. Las contradicciones del capitalismo son insolubles e irreconciliables: esa es la gran actualidad de Marx y de los teóricos de la época clásica del imperialismo. Por eso la lucha contra el capitalismo y el imperialismo es hoy, simplemente, la lucha por la sobrevivencia de la especie. Nada más y nada menos que eso.

LA DILUCIÓN DEL IMPERIALISMO

Ya antes habíamos señalado una primera paradoja: el eclipse de la tradición discursiva antiimperialista en momentos en que la dominación imperialista se acentuaba como nunca antes. Veamos ahora otra, que podríamos formular en los siguientes términos: ¿cómo comprender el

hecho de que haya sido el corazón mismo del imperio el que haya difundido, con fervor militante, una nueva teorización sobre el imperialismo como la propuesta por Hardt y Negri? Una comparación es inevitable. Cuando el asunto apareció con fuerza en el escenario mundial, en vísperas de la Primera Guerra, lo hizo de la mano de severos e intransigentes críticos del imperialismo –Hilferding, Lenin, Rosa Luxemburgo, Bujarin, etc.; o, como en el caso de J. A. Hobson, de quienes aun desde la perspectiva de la ideología dominante eran capaces de echar una lúcida mirada a los problemas de su tiempo y reconocían la injusticia y los horrores del imperialismo. Por estas razones, sus escritos fueron anatemiizados y sus autores perseguidos, condenados o, como en el caso de Rosa Luxemburgo, simplemente asesinados. Al promediar el siglo XX apareció la obra de John Strachey, *The End of Empire* (1964), y la misma pasó completamente desapercibida fuera de los estrechos círculos de la academia progresista y la militancia de izquierda del mundo angloparlante. ¿Cómo explicar, ahora, el formidable éxito de una obra como la de Hardt y Negri, que es difundida desde los grandes aparatos ideológicos del imperialismo como una contribución esencial a la comprensión de la sociedad contemporánea? Páginas y más páginas de *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Times* de Londres, fueron dedicadas a comentar y exaltar las virtudes de *Imperio*. Entre nosotros, los grandes periódicos de América Latina no se quedaron atrás, y los suplementos dominicales de cultura y economía publicaron extensos reportajes a sus autores otorgándoles amplio espacio para difundir sus ideas sobre el mundo actual. Esta conducta contrasta llamativamente con el “ninguneo” y la verdadera conspiración de silencio que rodearon la aparición de textos mucho más importantes, como por ejemplo *Dialéctica de la dependencia*, de Ruy Mauro Marini; *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, de Agustín Cueva; *Sociología de la explotación*, de Pablo González Casanova, e, inclusive, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando H. Cardoso (en sus mejores tiempos, claro) y Enzo Faletto.

A nuestro juicio, lo que explica la persecución, el silenciamiento y el ostracismo, en un caso, y la celebridad y el elogio, en el otro, es el hecho de que la propuesta de Hardt y Negri es completamente inofensiva y en nada lesiona los intereses del bloque imperial dominante. Antes bien, su aprobación en los círculos del establishment prueba, con la contundencia de los hechos, que la interpretación que ofrecen esos autores es perfectamente funcional a sus planes de control y dominación mundial⁷. La burguesía nunca comete errores tan groseros como

7 Conclusión que se refuerza aún más al examinar el más reciente trabajo de Antonio Negri, ahora en colaboración con Giuseppe Cocco (Cocco y Negri, 2006), en donde se ofrece una visión de la historia reciente de América Latina justificatoria de las atrocidades

para favorecer la diseminación de teorías o doctrinas contrarias a la perpetuación de su dominio. Veamos, a continuación, algunas de las más importantes críticas que merece la peculiar interpretación del imperialismo que brota de la pluma de nuestros autores.

EN LOS ANÁLISIS DE HARDT Y NEGRI, EL IMPERIALISMO NO CAMBIA
SINO QUE DESAPARECE

Este es el equívoco fundamental que preside toda su obra, y que decreta su irreparable invalidación. Es indudable que el imperialismo en su fase actual –su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones– no se puede comprender adecuadamente procediendo a una relectura talmúdica de los textos clásicos. No porque ellos estuviesen equivocados, como lo afirma con insistencia la derecha, sino porque el capitalismo es un sistema cambiante y altamente dinámico que, como escribieran Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, “se revoluciona incesantemente a sí mismo”. Por consiguiente, mal se podría entender al imperialismo de comienzos del siglo XXI armados con el instrumento teórico y conceptual que nos proveen *solamente* los autores referidos anteriormente. Pero el error garrafal de Hardt y Negri es el de asumir que se lo puede comprender no sólo *sin* ellos, sino también apelando a una serie de autores que se ubican en las antípodas de cualquier vertiente conocida del pensamiento crítico. No se trata entonces de reiterar sino de reformular las viejas tesis, partiendo desde la revolución copernicana producida por la obra de Marx –que, todavía hoy, nos suministra una clave interpretativa imprescindible e irremplazable para explicar la sociedad capitalista– y reelaborando con audacia y creatividad la herencia clásica de los estudios sobre el imperialismo a la luz de las grandes transformaciones que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XX y, muy especialmente, en los últimos 25 o 30 años. El imperialismo de hoy no es igual al de ayer. Ha cambiado y, en algunos aspectos, ese cambio ha sido muy importante; en otros, sus viejas características –belicoidad, racismo, pillaje, militarismo– se han acentuado considerablemente. Lo que no entienden Hardt y Negri, y muchos otros que, al igual que ellos, son tributarios del pensamiento

cometidas por las políticas neoliberales en la región, todo en nombre de la imprescindible necesidad de obtener, a cualquier precio, la liquidación del estado-nación, fuente de todos los males de este mundo según la visión metafísica de sus (mal informados) autores. El libro oscila entre la descalificación de –y el insulto a– quienes no comparten la peculiarísima visión de sus autores y la impotencia para refutar siquiera alguno de los argumentos de sus críticos. Se evidencia a simple vista que ni Cocco ni Negri son estudiosos serios de la realidad latinoamericana. La superficialidad de su conocimiento varía en proporción directa con la ampulosidad de su retórica. Hay muy pocas ideas en el libro, pero las originales no son buenas y las buenas no son originales.

burgués sobre la globalización, es que más allá de estos cambios el imperialismo *no se ha transformado en su contrario*, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde todos somos “interdependientes”. Esa vieja tesis –que tiene entre sus cultores a Henry Kissinger, la Comisión Trilateral y las escuelas de “administración de empresas” estadounidenses– es la que hoy, sorprendentemente, aparece con ropajes pseudo-izquierdistas y con lenguaje posmoderno en la obra que estamos analizando. El imperialismo sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios, conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual⁸.

Podría decirse, en consecuencia, que los atributos fundamentales del imperialismo identificados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes toda vez que aquel no es un rasgo accesorio ni una política contingente, perseguida por algunos estados bajo algunas condiciones muy particulares, sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas “esferas de influencia”. La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países experimentó la profundización de su dependencia externa y el ensanchamiento hasta niveles escandalosos del abismo que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismo periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo –si bien no necesariamente de su fenomenología– es ignorada en la obra de Hardt y Negri, y el nombre de tal negación es lo que estos auto-

8 Sobre este tema ver especialmente los artículos de Leo Panitch y Sam Gindin publicados en *Socialist Register* (2004; 2005a).

res han denominado “Imperio”. Un Imperio que, como lo señalan una y otra vez, existe sin imperialismo; un Imperio “posmoderno y virtual” que, por una alquimia del concepto, puede serlo sin ser imperialista. ¡Curioso animal! Lo que tratamos de demostrar en *Imperio & Imperialismo* es que así como las murallas de Jericó no se derrumbaron ante el sonido de las trompetas de Josué y los sacerdotes del templo, la realidad del imperialismo tampoco se desvanece ante las divagaciones de dos filósofos extraviados en los estériles laberintos del nihilismo posmoderno (Boron, 2002). Lo anterior es particularmente preocupante cuando se descubre que nuestros autores parecen no tener la menor conciencia de la continuidad fundamental que existe entre la supuestamente “nueva” lógica global del imperio y la que presidía su funcionamiento en tiempos pasados. No sólo persiste la lógica explotadora y predatoria, también la permanente e implacable succión de excedentes desde la periferia, así como la continuidad de los actores fundamentales del sistema imperialista, sus instituciones, normas y procedimientos. En efecto, los actores estratégicos son los mismos: los grandes monopolios, transnacionales por su alcance y la escala de sus operaciones, pero inocultablemente “nacionales” cuando se atiende al origen de su propiedad, el destino de sus ganancias, los marcos jurídicos elegidos para dirimir controversias y la composición de su elenco directivo. Al igual que en el pasado, otros actores cruciales del “nuevo imperialismo” son los gobiernos y los estados de los países industrializados, prematuramente declarados difuntos por nuestros autores y que, pese a tal declaratoria, siguen siendo los administradores imperiales en favor del capital más concentrado. Ellos ignoran también en sus análisis que las instituciones decisivas que regulan los flujos de la economía mundial siguen siendo aquellas que signaron ominosamente la fase imperialista que ellos ya dan por terminada, como el FMI, el BM, la OMC y otras por el estilo; y que las reglas del juego del sistema internacional siguen siendo las del neoliberalismo global, dictadas principalmente por EE.UU. e impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de los años ochenta y comienzos de los noventa⁹. Por su diseño, propósito y funciones, estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir incesantemente la vieja estructura imperialista bajo un ropaje renovado. Estaríamos mucho más cerca de la verdad si, parafraseando a Lenin, dijéramos que el Imperio es la “etapa superior” del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la

9 Tal como lo recordara el economista J. Schott en su audiencia ante un Subcomité del Congreso de EE.UU. (Schott, 1997), en el marco del ALCA o de cualquier tratado bilateral de “libre comercio”, los países de América Latina simplemente tendrán que adecuar su legislación a “la nuestra”. La “nuestra”, por supuesto, es la de EE.UU. Por eso este autor habla de “liberalización asimétrica” para referirse a estos procesos.

ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación.

UNA CONCEPCIÓN EQUIVOCADA DEL ESTADO Y LA SOBERANÍA EN
EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

Uno de los problemas más graves que enfrenta el marco teórico que ofrecen Hardt y Negri, y, más generalmente, los distintos teóricos de la globalización, es consecuencia de sus serios errores de apreciación del fenómeno estatal en los capitalismo contemporáneos. Según nuestros autores, hoy las grandes compañías transnacionales han superado la jurisdicción y la autoridad de los estados-nación. El tono jubiloso con que celebran la supuesta desaparición de estos últimos y el triunfo de los grandes monopolios es asombroso, sobre todo si se recuerda la reiterada autoproclamación de fe comunista que permea a lo largo de toda su obra: “son las grandes empresas quienes hoy gobiernan la Tierra” (Hardt y Negri, 2002: 283).

Crucial para esta supuesta “derrota” del estado es la presunción de que las llamadas empresas transnacionales carecen por completo de una base nacional. Hardt y Negri confunden el alcance de las operaciones de una empresa con su naturaleza como agente económico. Deslumbrados por la expansión de McDonald’s que llega a cubrir los más apartados rincones del planeta, infieren que esa empresa, como todas las de su tipo, se ha autonomizado por completo de su base nacional. Pero el capital concentrado y sus gerentes no son tontos: el 96% de las doscientas megacorporaciones que prevalecen en los mercados mundiales tienen sus casas matrices en ocho países del mundo desarrollado, están legalmente inscritas en los registros de sociedades anónimas de esos mismos ocho países, se encuentran adecuadamente protegidas por las leyes y los jueces de “sus estados” de origen, y sus directorios tienen su sede en esos mismos ocho países del capitalismo metropolitano. Para despejar las dudas que pudieran restar, téngase en cuenta que menos del 2% de los miembros de sus directorios son extranjeros, mientras que más del 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus “fronteras nacionales”. Si bien estas corporaciones tienen un alcance global, su propiedad, por más dispersa que se halle, tiene una clara base nacional. Aún más importante: sus ganancias fluyen de todo el mundo hacia el país donde se encuentra su casa matriz, y los créditos necesarios para financiar sus operaciones mundiales son obtenidos por sus casas centrales en los bancos de su sede nacional a tasas de interés imposibles de encontrar en los capitalismo periféricos, con lo cual pueden desplazar fácilmente a sus competidores. En suma: pese a lo afirmado por los autores de *Imperio*, las

grandes empresas siguen siendo empresas nacionales, y el respaldo de sus respectivos estados-nación sigue siendo absolutamente esencial en su ecuación de competitividad. En consecuencia, los estados continúan siendo actores cruciales de la economía mundial.

Debido a la distorsionada caracterización de los monopolios, no sorprende que los teóricos del “Imperio sin imperialismo” hagan suyos los planteamientos ortodoxos de los neoliberales y señalen, temerariamente, que “la decadencia del estado-nación es un proceso estructural e irreversible” (Hardt y Negri, 2002: 308). El razonamiento que proponen es el siguiente: dado que la globalización de la producción y la circulación de mercancías ocasionaron la progresiva pérdida de eficacia y efectividad de las estructuras políticas y jurídicas nacionales, impotentes para controlar actores, procesos y mecanismos que excedían en gran medida sus posibilidades y que desplegaban sus juegos en un tablero ajeno a las fronteras nacionales, no tendría sentido alguno tratar de resucitar al difunto estado-nación. Sin embargo, toda la evidencia que aportan los estudios sobre el capitalismo contemporáneo desmienten taxativamente esta interpretación.

Por último, y a la luz de las anteriores reflexiones: ¿qué podemos decir de la soberanía nacional? ¿Qué queda de ese principio constitutivo del sistema inter-estatal post-westfaliano? ¿Se ha diluido irreparablemente la soberanía nacional, socavada de modo irremediable por las fuerzas de la globalización? La respuesta es sí y no. Sí, porque sin duda alguna la soberanía nacional de los estados de la periferia se ha lesionado considerablemente. Los países de América Latina, para poner un ejemplo cercano, poseen hoy estados nacionales mucho más débiles que antes, con menores capacidades de autodeterminación y más reducidas aún de intervención y regulación en la esfera del mercado. Esto, lejos de ser un “producto natural”, ha sido el resultado de las políticas neoliberales promovidas por los gobiernos de los capitalismos metropolitanos para facilitar los negocios de “sus” empresas y la succión de súper-ganancias extraídas de la periferia del sistema. Pero otra cosa ha ocurrido en el mundo desarrollado, donde no es cierto que la soberanía nacional se haya resentido. Lo que se observa, antes bien, es un reforzamiento, aunque de distinto tipo. En EE.UU., la presencia del estado se ha reforzado considerablemente a partir del fin de la Guerra Fría y la implosión de la Unión Soviética. Esta tendencia se agravó extraordinariamente luego del 11-S, cuando el crecimiento de las funciones de vigilancia, monitoreo y control estatal adquirió proporciones inéditas en la historia norteamericana, y que echan por tierra los restos de la tradición liberal tantas veces retóricamente aludida en el discurso público oficial de Washington. Por otra parte, y en consonancia con lo que señalara Noam Chomsky en diversas intervenciones, si hay un país en el mundo que ejerce una soberanía nacional casi absoluta ese no es otro

que EE.UU. La decisión de arrasar a mansalva terceros países sin contar con siquiera una mínima cobertura formal de las Naciones Unidas o de la OTAN es una prueba concluyente al respecto.

Podría aducirse que lo anterior no es válido sino tan sólo para EE.UU. Pero, de hecho, la soberanía estatal también se ha reforzado en Europa. Claro que no siempre ni necesariamente a nivel de los estados preexistentes sino a nivel de la Unión Europea, en donde las prerrogativas y jurisdicciones que se han ido concentrando en Bruselas no tienen precedentes en la historia europea. Lo que se produjo en el Viejo Continente es la transferencia de soberanía hacia una organización política supranacional más inclusiva, representada por la Unión Europea, en un proceso similar –si bien no idéntico– al que en su momento tuvo lugar en EE.UU. con el federalismo y el surgimiento de un poderoso centro de decisión política en Washington, a expensas de las atribuciones y prerrogativas de los estados. Puede ser que hoy Alemania o Francia tengan menos atribuciones estatales que las que disponían en los años de la inmediata posguerra, pero su proyección actual, en Bruselas, es mucho más poderosa e influyente que la que cualquier estado europeo tuvo, individualmente, en el pasado.

IMPERIALISMO Y ¿CRISIS O RECOMPOSICIÓN DE LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA?

No quisiera concluir este artículo sin aludir a un debate de creciente importancia en nuestra región, centrado en una discusión acerca de si la actual situación internacional revela un fortalecimiento o un debilitamiento de la hegemonía norteamericana.

El imperialismo hoy, sea cual sea su nombre, ya sea “Imperio” al modo de Hardt y Negri, o “imperialismo” sin adjetivos ni eufemismos que disimulen su esencia, ha dado muestras de una extraordinaria agresividad. Esta, por otra parte, ha crecido en proporción a su desorbitada e insaciable voracidad, que ya no repara en límite alguno, sean estos de carácter social, ecológico, jurídico o militar. Cien mil muertos diarios a causa del hambre o enfermedades perfectamente prevenibles y curables es la cifra que, según el PNUD, se requiere para sostener la globalización neoliberal; y la acelerada destrucción de bosques y selvas, así como la contaminación del aire y el agua, y el agotamiento de estratégicos recursos no-renovables, constituyen el saldo negativo del ecocidio que reclama el capitalismo contemporáneo. El orden jurídico internacional, laboriosamente construido luego de la Segunda Guerra Mundial, yace despedazado ante la prepotencia imperialista, y la militarización de la escena internacional preanuncia nuevos y más letales conflictos. Este es el necesario telón de fondo de cualquier discusión seria sobre el tema del imperialismo hoy.

Nos parece necesario señalar que la imagen que proyectan muchas de las teorizaciones corrientes sobre el imperialismo, sobre todo las que se gestan en EE.UU., y entre las cuales aun las supuestamente de izquierda no son la excepción, es la de una construcción histórica, económica y social omnipotente e invencible, la de un poder apabullante y sobrehumano que lo convierte en un enemigo inexpugnable y, por eso mismo, imbatible. En un pasaje revelador de este talante derrotista, Hardt y Negri recuerdan (en un tono que no puede sino suscitar el desaliento y la desmovilización de sus lectores) que Washington posee la bomba, Nueva York el dólar, y Los Ángeles el lenguaje y la comunicación; es decir, que EE.UU. como centro imperialista controla la fuerza, el dinero, la cultura y el lenguaje. Una visión tan exagerada del poderío del imperialismo se aleja de la realidad en la medida en que ignora las derrotas que ha sufrido el imperialismo así como el hecho de que la resistencia de los pueblos, desde Vietnam a Cuba, pasando por muchas otras situaciones nacionales, ha sido capaz de poner coto a muchos de sus proyectos. El actual reflujo de las políticas neoliberales en América Latina, por ejemplo, sería incomprensible a la luz de esta visión del imperialismo, como también lo sería la sucesión de derrotas políticas que este ha sufrido y que obliga a sus administradores globales –en ocasión de las cumbres de la OMC, las asambleas del BM y el FMI, Davos, etc.– a reunirse en ciudades remotas o inaccesibles para evitar las grandes manifestaciones de repudio que suscita su presencia. Creo que este tipo de interpretaciones cumple, pese a los manifiestos propósitos de sus promotores, una función desmovilizadora y de desarme ideológico y político. En efecto, ante un enemigo tan ubicuo y todopoderoso, lo único que se puede hacer es rehuir la batalla, aceptar resignadamente el supuesto veredicto de la historia y buscar consolación, como hacen Hardt y Negri, acuñando fórmulas piadosas que subrayen la naturaleza supuestamente benevolente del nuevo monstruo imperial.

No es ocioso recordar que esta visión, paralizadora por la omnipotencia atribuida al imperio, es la que cultivan con cuidado sus grandes mandarines. Veamos, por ejemplo, lo que nos dice Zbigniew Brzezinski en su libro *El gran tablero mundial*:

En resumen, *Estados Unidos tiene la supremacía en los cuatro ámbitos decisivos del poder global*: en el militar su alcance global es inigualado; en el económico siguen siendo la principal locomotora del crecimiento global, pese a que en algunos aspectos Japón y Alemania (que no disfrutan del resto de los atributos del poder global) se les acercan; en el tecnológico mantienen una posición de liderazgo global en los sectores punta de la innovación; y en lo cultural, pese a cierto grado de tosquedad, disfrutan de un atractivo que no tiene rival, especialmente entre la juventud mundial. Todo ello da a los Estados

Unidos una influencia política a la que ningún otro Estado se acerca. *La combinación de los cuatro ámbitos es lo que hace de Estados Unidos la única superpotencia global extensa* (Brzezinski, 1998: 33).

Todo lo anterior sugiere la necesidad de distinguir entre hegemonía y dominación imperialistas. No son la misma cosa, y conviene en este punto no olvidar las penetrantes elaboraciones gramscianas referidas a situaciones nacionales, pero pertinentes también para los análisis a escala supranacional. En efecto, ¿qué significa “hegemonía” en este contexto global? Se trata de un concepto multidimensional: en primer lugar, significa una “dirección intelectual y moral”, un verdadero “sentido común” civilizatorio que reverbera y se disemina por todos los rincones del sistema hegemónico y que impregna la ideología y la cultura de las sociedades nacionales a lo largo y a lo ancho del planeta. Es en esta primera dimensión donde se establece el núcleo ideológico esencial que identifica a un sistema hegemónico. En el caso de la *pax americana*, esta contemplaba el *laissez-faire*, el anticomunismo y todo ese conjunto de creencias, normas y actitudes que Immanuel Wallerstein (1984) englobaba bajo la categoría de “liberalismo global”. Mediante ellas, se propicia el libre flujo de factores productivos –y muy especialmente de los capitales y las materias primas, no así de la fuerza de trabajo, cuya inamovilidad garantiza pingües ganancias– y el rechazo retórico, más no real, del proteccionismo y el mercantilismo. Huelga señalar que estas condiciones reproducen el primado de la potencia hegemónica y sus empresas al consagrar una suerte de “libre juego de las fuerzas del mercado” que las beneficia abrumadoramente. Esta capacidad de dirección ideológica es un componente esencial de la hegemonía internacional –lo fue también durante el período, más largo, de la *pax británica*– y, si nos remitimos al examen del mundo de la posguerra, comprobamos que la reafirmación de la supremacía norteamericana significó, simultáneamente, la universalización del *American way of life* como modelo ideal de sociedad, consagrado por el cine, la televisión, los *mass media* y las ciencias sociales norteamericanas, y como la ideología global compartida, en mayor o menor medida, por los actores privados y públicos que formaban parte de su imperio. Esto incluía desde la creencia en la bondad congénita de los mercados y la iniciativa privada, hasta la difusión universal de los *blue jeans* y un tipo de música cultivado por los jóvenes blancos, no los negros, el *rock*, pasando por el *fast food* y la creencia en el destino manifiesto que consagraba a EE.UU. como la tierra de la libertad y como la sociedad profética y mesiánica a la que Dios le había encomendado la tarea de sembrar la libertad y la democracia por todo el mundo. En consecuencia, la superioridad americana era vista como un desenlace “natural”, producto de la “verdad efectiva de las cosas”, y los conflictos y tensiones que el predominio norteamericano ocasionaba en el sistema internacional fueron por

eso mismo concebidos como resultado de la resistencia de ciertas naciones, y sus líderes, a admitir la inexorable realidad de la hegemonía estadounidense. A tal punto fue esto así que la modernización y el desarrollo económico fueron concebidos como las manifestaciones externas de un proceso de “americanización”: imitar el “modelo” de EE.UU. era, en este denso entramado ideológico, el seguro camino por el cual las arcaicas sociedades de la periferia podrían superar su atraso secular. La historia de las ciencias sociales en la década del cincuenta y sesenta es, en buena medida, la crónica del apogeo y el derrumbe de esa ilusión.

Un segundo componente de la hegemonía lo constituye la dirección política, es decir, la capacidad de la potencia hegemónica para asegurar la obediencia y disciplina dentro del conjunto de naciones integradas a su órbita de influencia, y para prevalecer frente a sus adversarios. En otras palabras, la dominación puramente ideológica es insostenible al margen de la capacidad del hegemón para tejer alianzas y coaliciones, articulando una red internacional que asegure el cumplimiento de los proyectos estratégicos globales de aquel o, al menos, el encuadramiento de los aliados dentro de límites tolerables para sus políticas, y sin que los estados “clientes” –o los *junior partners*– puedan ejercer un veto efectivo en su contra. Un tercer componente, tan íntimamente relacionado con la dirección política que prácticamente su superpone con ella, lo constituye la capacidad coactiva de que dispone la potencia hegemónica: no hay hegemonía viable sin una aplastante superioridad en el terreno militar. Valen aquí las agudas observaciones de Maquiavelo sobre la astucia y la fuerza en el manejo de los estados. El príncipe que sólo puede apelar, como los zorros, a su astucia, difícilmente logre mantenerse en el poder por mucho tiempo; pero se equivoca el que piense que actuando con la fuerza del león garantiza su permanencia en el poder. Se requiere, por el contrario, una combinación –variable según las circunstancias– de una y otra. De ahí que la mañosa manipulación de alianzas y coaliciones no baste para preservar la hegemonía imperial. Si bien esta no supone la continua actualización del predominio de la superpotencia en el plano de la fuerza, sin la amenaza cierta de su posible aplicación no hay hegemonía posible.

En este sentido, cabe observar que la relación entre dirección ideológica y política, por una parte, y la fuerza, por otra, se asemeja a la que existe entre coerción y consenso en el estado moderno. O, para decirlo empleando la feliz metáfora pergeñada por Karl Deutsch, nos recuerda a la existente entre el oro y el papel moneda. En épocas normales, el monto de dinero circulante en una economía es una proporción muy superior al respaldo áureo que lo sustenta (Deutsch, 1966: 120-124). Análogamente, la capacidad de la potencia hegemónica para encontrar obediencia en el sistema internacional es varias veces superior a su capacidad coercitiva. Si esta tuviera que refrendar su superior-

ridad con un despliegue de fuerzas en cada uno de sus actos, sus márgenes reales de actuación se verían francamente menoscabados. Por eso es muy conveniente establecer una distinción entre una situación de hegemonía, históricamente observable en algunos períodos, y una condición de “omnipotencia imperial”, cuya existencia histórica es aún muchísimo más acotada. Ciertamente que no fue esta la forma en que funcionaron los sistemas hegemónicos conocidos como la *pax britannica* o la *pax americana*: su hegemonía trascendía con creces su potencial bélico, aun en el caso americano. Sin embargo, no hay que perder de vista que, al igual que con el dinero, un mínimo de capacidad coercitiva constituye un umbral irrenunciable para cualquier potencia que tenga ambiciones hegemónicas. Así como el circulante es muy superior a la reserva en oro, sin un mínimo de respaldo en oro el papel moneda se envilece y, rápidamente, es desplazado del mercado.

Toda esta argumentación nos remite a una verdadera “pre-condición” de la hegemonía: la superioridad en el terreno económico. Este es un asunto sobre el cual conviene insistir, porque muchas veces se lo pasa alegremente por alto. No se puede ser el hegemón del sistema sin ser, al mismo tiempo, la potencia económica integradora del conjunto del mercado mundial. Cuando se hablaba de la “hegemonía soviética”, muchos autores arrojaban por la borda estas elementales precauciones conceptuales, reduciendo de ese modo la cuestión de la hegemonía a su dimensión estrictamente militar, lo cual desnaturalizaba el verdadero significado del concepto. El estrepitoso colapso de la antigua Unión Soviética demuestra taxativamente los límites de una superpotencia nuclear incapaz de absorber las profundas modificaciones producidas por la revolución científico-tecnológica y de organizar, en consecuencia, su estructura productiva. Por eso un autor como Robert W. Cox insiste tanto –y a nuestro juicio con entera razón– en concebir a la hegemonía como un “ajuste entre el poder material, la ideología y las instituciones” que prevalecen en el sistema mundial (Cox, 1986: 225). En la misma línea se ubican los análisis de Immanuel Wallerstein al señalar convincentemente que para que una nación sea hegemónica se requiere que sus empresas sean las más eficientes y competitivas en el plano de la producción agroindustrial, en el comercio internacional y en las finanzas mundiales. Esta condición, sumamente restrictiva, implica no sólo que las firmas de la potencia hegemónica sean capaces de derrotar a las de sus rivales en los “terrenos neutros” del mercado mundial, sino también en los mercados domésticos de las potencias competidoras (Wallerstein, 1984: 38-39). Obviamente, no podremos reducir la cuestión de la hegemonía exclusivamente a la superioridad económica de una potencia; pero tampoco a su predominio militar. Tanto el sólido fundamento material como una increíble capacidad coercitiva constituyen condiciones necesarias –si bien no suficientes– de la hegemonía.

En un agudo trabajo escrito hace ya algunos años, el internacionalista mexicano Carlos Rico aconsejaba discriminar entre lo que él denominara capacidad, voluntad y tentación hegemónicas. La primera dimensión tiene que ver con el conjunto de factores que configuran el “poder real” de una potencia, es decir, su capacidad para modelar el sistema internacional y sus instituciones y prácticas fundamentales en consonancia con sus intereses. Esto remite no sólo a los recursos económicos, sino también a los de otro tipo: políticos, ideológicos, institucionales, legales, diplomáticos y militares. En segundo lugar, hallamos la voluntad hegemónica, es decir, el acto volitivo por el cual las clases dominantes de un país –supuestamente dotado de los recursos que lo habilitarían, en principio, para “poder” reestructurar el sistema internacional– “quieren” efectivamente involucrarse en una empresa de ese género. Finalmente, tenemos la tentación hegemónica estimulada por la existencia de discursos, proyectos y designios que perciben al mundo como “maduro” para fundar una nueva hegemonía –en este caso, un Nuevo Orden Mundial o el delirio imperialista de los gestores neoconservadores del proyecto del “Nuevo Siglo Americano”–, y a un país preparado para detentarla. Si analizamos lo acontecido en los últimos años, diríamos que EE.UU., aunque “quisiera” o “estuviera tentado de hacerlo”, ya no dispone del conjunto de capacidades necesarias para retomar su papel de hegemón mundial o para cumplir los dudosos roles del trabajador social o el *sheriff* del mundo (Rico, 1986: 37-57)¹⁰.

En un trabajo reciente Joseph Nye Jr. sostenía, desde una perspectiva teórica parcialmente coincidente con la nuestra, que la política mundial no puede entenderse a partir del modelo del tablero de ajedrez. Lo que afirma Nye Jr. es que, en realidad, en la política internacional hay tres tableros superpuestos en donde se juegan simultáneamente diversas partidas (Nye Jr., 2003). En el tablero de “más arriba”, el militar, *ultima ratio* del imperialismo, la superioridad norteamericana es abrumadora. Ese es, exclusivamente, el terreno del unipolarismo, y sobre esta realidad se apoyan la gran mayoría de los análisis. Sin embargo, no podríamos dejar de corregir el argumento de Nye Jr., y decir que, pese a ello, la superpotencia ha dejado de ser invulnerable, como lo prueban los atentados del 11-S, y que su enorme potencial bélico no le permite “resolver” situaciones militares a su antojo. Puede destruir un enemigo, como lo hizo en Afganistán e Irak, pero no puede “ganar

10 El libro en el cual se recopila el trabajo de Rico, compilado por Luis Maira en el marco de un fecundo proyecto regional lamentablemente discontinuado, el Programa de Estudios Conjuntos sobre las Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL), creado y dirigido por Luciano Tomassini, sigue siendo, aún hoy, a veinte años de su publicación, uno de los textos más sugerentes y penetrantes para el estudio de la hegemonía norteamericana y, más ampliamente, de la problemática de la hegemonía en general.

la guerra”, si es que por ello se entiende el establecimiento de un nuevo orden posbélico estable, predecible y congruente con sus intereses fundamentales. Pero en el tablero intermedio, que es aquel en el que se juegan las relaciones económicas internacionales, el unipolarismo que EE.UU. detenta en el terreno militar se desdibuja considerablemente. En efecto, Washington no puede obtener los resultados que desea en cuestiones tan sensibles como comercio internacional, monopolios, sistema financiero, medio ambiente o migraciones sin trabajadores y frágiles acuerdos con los otros miembros de la tríada metropolitana, la Unión Europea y Japón, y sin una cierta aquiescencia de algunos de los más importantes países del Tercer Mundo. En este terreno, concluye Nye Jr. (2003), la distribución del poder mundial es claramente multipolar. En el “tablero inferior”, el de los asuntos transnacionales, entra a jugar un complejo conjunto de sujetos en donde además de los estados nacionales se encuentran numerosos actores no gubernamentales. En este tablero, el poder está todavía mucho más repartido entre sujetos de muy distinto tipo, algunos de alcance global y otros de influencia regional, y que descansan sobre su capacidad para movilizar recursos de distinto tipo, desde económicos hasta simbólicos, pasando por una amplia gama de situaciones intermedias. En este espacio, cualquier discurso de unipolarismo carece por completo de sentido. Y mucho más peligrosa todavía es la confusión que se origina cuando algunos actores del complejo juego internacional no se dan cuenta de que el juego es tridimensional, y que el resultado de la partida no se decide tan sólo en el tablero superior, ese que muestra la incontestable superioridad norteamericana, sino en la compleja articulación del conjunto de los tableros en donde se juegan partidas simultáneas cuyos resultados están muy lejos de estar predeterminados.

Concluimos entonces estas reflexiones sobre el imperialismo con la siguiente recapitulación.

- El imperialismo norteamericano ha potenciado su predominio sobre ciertas arenas cruciales del sistema internacional, como la militar, hasta un punto en el que no hay precedentes en la historia. Pero esto no le asegura la creación de un “orden” internacional previsible y estable.
- A su vez, ha acentuado su control en la esfera de la economía internacional, pero lo ha logrado a costa de exacerbar extraordinariamente sus contradicciones que, ya en el corto plazo, se constituyen en obstáculos formidables para sus políticas. El fracaso de la reunión de la OMC en Cancún, un tropiezo más en una larga lista de frustraciones, es apenas una muestra más de lo que venimos afirmando.

- El imperialismo se enfrenta a crecientes dificultades políticas, tanto en sus relaciones con el Sur marginado y excluido, pero en proceso de creciente activación y resistencia –aunque en grado desigual según las regiones del mundo–, como en lo tocante a la necesaria armonización de sus políticas con los otros exponentes del capitalismo metropolitano, principalmente la Unión Europea y Japón.
- En el terreno ideológico se enfrenta a un rápido deterioro de su capacidad para ser percibido, como antaño, en su época de oro, como la “vanguardia intelectual y moral” de la civilización. El célebre *American way of life* ha sufrido un fenomenal desprestigio, tanto dentro como fuera de EE.UU., y esto resiente su capacidad de comando internacional.

En pocas palabras, nos parece que, en lugar de hablar de “hegemonía” norteamericana o “hegemonía imperial”, debemos hablar pura y simplemente de “dominación” norteamericana, entendiendo por esta la capacidad de aplicar unilateralmente la fuerza, pero nada más; creando una situación internacional crecientemente inestable y potencialmente explosiva que acrecienta el poderío de lo que Wallerstein denomina las “fuerzas y movimientos anti-sistémicos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Boron, Atilio A. 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Brzezinski, Zbigniew 1998 *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (Barcelona: Paidós).
- Cocco, Giuseppe y Negri, Antonio 2006 *Global. Biopoder y luchas en una América latina globalizada* (Buenos Aires: Paidós).
- Cox, Robert W. 1986 “Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory” en Keohane, Robert O. (comp.) *Neorealism and Its Critics* (New York: Columbia University Press).
- Deutsch, Karl 1966 *The Nerves of Government* (New York: The Free Press).
- Fernández Retamar, Roberto 2004 *Todo Caliban* (Buenos Aires: CLACSO).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Houtart, François 2005 “Why Should Small Rice Farmers in Sri Lanka Disappear?” en Boron, Atilio A. y Lechini, Gladys (comps.) *Politics and Social Movements in an Hegemonic World. Lessons from Africa, Asia and Latin America* (Buenos Aires: CLACSO).
- Meiksins Wood, Ellen 2003 *Empire of Capital* (London: Verso).

- Nye Jr., Joseph 2003 "Us Power and Strategy After Iraq" en *Foreign Affairs* (New York) July-August.
- Panitch, Leo y Gindin, Sam 2004 "Capitalismo global e imperio norteamericano" en *Socialist Register. El nuevo desafío imperial* (Buenos Aires: CLACSO).
- Panitch, Leo y Gindin, Sam 2005a "Las finanzas y el imperio norteamericano" en *Socialist Register. El imperio recargado* (Buenos Aires: CLACSO).
- Panitch, Leo y Gindin, Sam 2005b "El capitalismo global y el imperio norteamericano" en *Temas* (La Habana), N° 33-34, abril-septiembre.
- Patnaik, Prabhat 1990 "Whatever Happened to Imperialism?" en *Monthly Review* (New York) Vol. 42, N° 6, November.
- Rico, Carlos 1986 "Crisis ¿y recomposición? de la hegemonía norteamericana. Algunas reflexiones en torno a la coyuntura internacional en la segunda mitad de los ochenta" en Maira, Luis (comp.) *El sistema internacional y América Latina. ¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano).
- Schott, Jeffrey J. 1997 "Audiencia ante el Subcomité de Comercio de la Cámara de Representantes del Congreso de los EE.UU.", 22 de julio, mimeo.
- Wallerstein, Immanuel 1984 *The Politics of the World-Economy. The States, the Movements and the Civilizations* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Wallerstein, Immanuel 2005 "La reelección de Bush y sus implicancias para EE.UU. y el mundo" en *OSAL* (Buenos Aires) N° 15, septiembre-diciembre.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de Cromosete Gráfica e Editora Ltda.
Rua Uhland, 307 - Vila Ema
03283-000 - São Paulo, Brasil
en el mes de agosto de 2006.
Primera impresión, 1.000 ejemplares.

Impreso en Brasil.